



SEMANA INTERNACIONAL DE CINE DE AUTOR

BENALMADENA - COSTA DEL SOL - ESPAÑA

"DIE WEBER"

"LOS TEJEDORES".

En la fábrica textil de Dreiseiger, en Peterswaldau (Slesia), una larga fila de tejedores, hombres, mujeres y niños, esperan su vez para entrar, con humildad de mendigos, a su tarea. Son seres miserables, enfermos, comidos por el hambre y abatidos por la más negra desesperación.

Una mujer solicita del inflexible gerente Pfeifer un anticipo para comprar pan a su hijo: un hombre -el tío Baumert- va a sacrificar a su perro porque ya no tiene otra cosa que dar de comer a los suyos; al hijo pequeño de un tejedor se desmaya extenuado. Dreiseiger achaca el desvanecimiento a la mala administración de los padres, y aprovecha la ocasión para reivindicar el papel benefactor de los empresarios, inocentes de las calamidades que se les atribuyen. Ordena la don agua al chico. En medio de estos seres hundidos en el silencio de una fatal resignación, se alza una voz: lo que tiene el niño es hambre. Quien esto dice es el joven tejedor Becker, que acaba de ser despedido por atreverse a protestar contra la mezquindad de su salario.

En la casa del tío Baumert hilan su mujer, sus dos hijas Emma y Berta y su hijo Augusto, idiota de nacimiento. Todo con suspiros, lamentaciones; pero el padre trae carne -la del pobre perro sacrificado- y la familia se promete un gran festín: son dos años sin probarla. Pero en cuanto el tío Baumert se la come, ha de salir precipitadamente del cuarto.

Como el tío Baumert ha venido también el joven Mortiz Jaeger, antiguo tejedor, que fue al servicio y acaba ahora de ser licenciado. Viene hecho un potentado: trae un reloj de plata, una botella de aguardiente y hasta algún dinero en el bolsillo. En la ciudad donde viven los fabricantes ha visto que no hay el menor síntoma de la pretendida crisis que ha llevado a sus compañeros a arrastrar una vida de perros. Animados por el alcohol, hablan de la necesidad de dar fin a la situación de los tejedores. El tío Baumert propone a Jaeger que los oriente en su lucha. El joven les informa de que, en compañía de Becker, ha ido ya a decirle a Dreissiger unas cuantas verdades y le han cantado como remate la canción "Sangirnota Justicia" que, de autor desconocido, está empezando a correr por ahí con el título de "Canto a Dreissiger". La letra de esta canción es como una revolución para todos: la tiranía del empresario tiene que terminar como sea.

También en la taberna se discute la triste situación de los tejedores. Se oye, al fondo, los cantos con que se acompaña el entierro de uno de ellos que acaba de morir extenuado. Un viajante de comercio y un campesino se burlan de las quejas de los obreros; el primero, asegura que el gobierno no se desentiende de ellos; el segundo, los tacha de débiles para el trabajo. Pero Jaeger, que ha entrado con Becker y otros jóvenes tejedores, saben defender su causa. Comienzan a cantar el himno.

Se interrumpen al ver entrar en la taberna al policía Kutecho. Tiene éste un altercado con Wittig, el herrero, que participa de las ideas de los revoltosos: la única manera de conseguir las cosas es luchar por ellas. Cuando el agente les comunica que la canción revolucionaria ha quedado prohibida, empiezan de nuevo a cantarla con más brío. El tabernero se horroriza de que hasta el tío Baumert se sume al grupo. Conoce bien su idea de que todo se debe resolver pacíficamente, pero el viejo tiene que reconocer que ya no hay elección posible en los métodos.

Ante la actitud levantisca de sus obreros, Dreissinger reclama la presencia del comisario de policía y procede a la detención de uno de los dirigentes. En la propia casa del fabricante, y en presencia de la esposa de éste, del pastor - Kittelhaus y de la suya, de Hoido y del agente Kutocho, Jaeger es conminado a que apacigüe a los revoltosos cuyas voces se oyen ya en la calle. Al negarse Jaeger, lo esposan y conducen a la cárcel. Pero es inmediatamente liberado por los amotinados que, tras propinar una paliza al agente, lo desarman. Cuando el fabricante, el pastor y sus respectivas esposas se disponen a jugar una partida de naipes, la casa es asaltada por la muchedumbre. De nada sirve el intento de apaciguamiento del pastor Kittelhaus, que sale malparado de su tardío humanitarismo. Dreissinger consigue escapar con su familia, dejando abandonado a su fiel esbirro Pfeifer. Al no encontrar al dueño, la multitud vierte su cólera en un sistemático saqueo de la casa Becker arenga a todos para que marchen a Bielau y destruyan los telares mecánicos de la fábrica Dittrich.

En este otro pueblo el tío Hilse -viejo tejedor que ha perdido un brazo en la guerra- se dispone a emprender el trabajo con toda su familia. Constituyen ésta su mujer, ciega y medio sorda, su hijo Gottlieb y su nuera Luise. Un trapero trae la noticia de los sucesos que acaban de producirse en Peterswaldau y de la marcha de los revoltosos hacia allí. La noticia es confirmada por la propia nieta de Hilse, que muestra una cucharilla de plata producto del saqueo de la casa de Dreissinger. El viejo tejedor se indigna y envía a la niña a devolver lo que considera producto de un robo. Pero Luise, a quien la miseria le ha arrebatado ya a cuatro criaturas, da toda la razón a los amotinados. Suegro y nuera discuten violentamente. Gottlieb vacila: pero la obediencia filial acaba por imponerse y decide seguir trabajando.

Llegan los de Peterswaldau enardecidos por la bebida y por la victoria que acaban de conseguir: uno de los fabricantes ha claudicado ante sus exigencias. Piden a los Hilse que se unan a su tarea reivindicativa. Pero padre e hijo se niegan: no creen en la posibilidad de justicia alguna en la tierra, sobre todo si se trata de conseguirla por esos medios. Sólo Luise se suma a los amotinados.

Llegan las tropas encargadas de sofocar la rebelión. Se entabla la lucha en las calles. Muchos tejedores son heridos. Luise salta ante las bayonetas de los soldados "como si estuviera en un baile". Al fin, Gottlieb corre junto a su mujer y comienza a luchar a su lado.

Los obreros logran poner en fuga a los soldados y vuelven a su tarea de destruir las fábricas. Sólo el viejo Hilse se obstina en no abandonar el telar que Dios lo ha designado. Pero, sin salir de él, la contienda le alcanza: el viejo tejedor se desploma sobre su tarea, víctima de una bala perdida.

- - - - -